

barrio, en la que vivia una famosa dama cortesana.

CARTA XII.

DEL MISMO, AL MISMO.

EN Marruecos no tenemos idea de lo que por áca se llama nobleza hereditaria; con que no me entenderias, si te dixera que en España no solo hay familias nobles, sino provincias que lo son por heredad. Yo mismo que lo estoy presenciando no lo comprehendo. Te pondré un exemplo práctico, y lo entenderás ménos, como á mi me sucede: y sino lee:

Pocos dias ha pregunté, si estaba el coche pronto, pues mi amigo Nuño estaba malo, y yo queria visitarle. Me dixeron que no. Al cabo de media hora hice igual pregunta, y tuve igual respuesta. Pasada otra media hora pregunté, me respondiéron lo propio. De allí á poco me dixeron, que el coche estaba puesto, pero que el cochero estaba ocupado. Indagué la ocupacion al baxar las escaleras, y él mismo me desengañó, saliéndome al encuentro, y diciéndome: aunque soy cochero soy noble. Han venido unos vasallos míos,

y me han querido besar la mano, para llevar este contento á sus casas; con que por eso me he detenido, pero ya despaché. ¿A donde vamos? y al decir esto montó en la mula y arrió el coche.

CARTA XIII.

DEL MISMO, AL MISMO.

INSTANDO á mi amigo christiano á que me explicase qué es nobleza hereditaria, despues de decirme mil cosas que yo no entendí, mostrarme estampas, que me parecieron de mágica, y figuras que tuve por capricho de algun pintor demente, y despues de reirse conmigo de muchas cosas que decia ser muy respetables en el mundo, concluyó con estas voces interrumpidas, con otras tantas caraxadas de risa: nobleza hereditaria es la vanidad, que yo fundo en que ochocientos años ántes de mi nacimiento muriese uno, que se llamó como yo me llamo, y fué hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo.

CARTA XIV.

DEL MISMO, AL MISMO.

ENTRE las voces que mi amigo hace ánimo de poner en su Diccionario, la voz *victoria* es una de las que necesitan de mas explicacion, segun se confunde en las Gazetas modernas. Toda la guerra pasada, dice Nuño, estuve leyendo Gazetas y Mercurios y nunca pude entender quien ganaba ó perdia. Las mismas funciones en que me he hallado, me han parecido sueños, segun las relaciones impresas por su lectura, y no supe jamás quando habiamos de cantar el *Te Deum*, ó el *Miserere*. Lo que sucede por lo regular, es lo siguiente.

Dase una batalla sangrienta entre dos exercitos numerosos, y uno ó ámbos quedan destruidos; pero ámbos Generales la envian pomposamente referida á sus Cortes respectivas. El que mas ventaja sacó, por pequeña que sea; incluye en su relacion un estado de los enemigos muertos, heridos y prisioneros, cañones, morteros, banderas, estandartes, timbales y carros tomados. Se anuncia la victoria en su Corte con el *Te Deum*, campanas, ilumina-

ciones, etc., etc. El otro asegura que no fué batalla, sino un pequeño choque de poca ó ninguna importancia; que no obstante la grande superioridad del enemigo no rehusó la accion que las tropas del Rey hicieron maravillas; que se acabó la funcion con el dia; y que no fiando su ejército á la obscuridad de la noche, se retiró metódicamente. Tambien se canta el *Te Deum* y se tiran cohetes en su Corte; y todo queda problemático, ménos la muerte de 20 mil hombres, que ocasiona la de otros tantos hijos huérfanos, padres desconsolados, madres viudas, etc., etc.

CARTA XV.

DEL MISMO, AL MISMO.

EN España como en todos los paises del mundo, las gentes de cada carrera desprecian á las de las otras. Búrlase el soldado del escolástico, oyéndole disputar *Utrum blicteri sit terminus logicus*. Búrlase este del Químico, empeñado en el hallazgo de la piedra filosofal. Este se rie del soldado que trabaja mucho sobre que la vuelta de la casaca tenga tres pulgadas de ancho y no tres y media. Que

hemos de inferir de todo esto? Que en todas las facultades humanas hay cosas ridiculas.

CARTA XVI.

DEL MISMO, AL MISMO.

ENTRE los manuscritos de mi amigo Nuño he hallado uno, cuyo titulo es: *Historia heroica de España*. Preguntándole, que significaba, me dixo, que prosiguiese leyendo, y el prólogo me gustó tanto, que lo copio, y te lo remito.

PRÓLOGO.

No extraño que las naciones antiguas llamasen Semidioses á los hombres grandes que hacian proezas superiores á las comunes fuerzas humanas. En cada país han florecido en tales y tales tiempos unos varones, cuyo mérito ha pasmado á los otros. La patria, deudora á ellos de singulares beneficios, les dió aplausos, aclamaciones y obsequios. Por poco que el patriotismo inflamase aquellos ánimos, las ceremonias se volvian culto, el sepulcro altar, la casa templo; y venia el hombre grande á ser adorado por la generacion inmediata á sus con-

temporáneos: siendo alguna vez tan rápido este progreso que sus mismos conciudadanos, conocidos y amigos tomaban el incensario, y cantaban los hymnos. La ceguedad de aquellos pueblos sobre la idea de la deidad pudo multiplicar este nombre. Nosotros mas instruidos no podemos admitir tal absurdo; pero hay una gran diferencia entre este exceso, y la ingratitud con que tratamos la memoria de nuestros héroes. Las naciones modernas no tienen bastantes monumentos levantados á los nombres de sus varones ilustres. Si lo motiva la envidia de los que hoy ocupan los puestos de aquellos, temiendo estos que su lustre se eclipse por el de sus antecesores, anhelan á superarlos; la eficacia del deseo por sí sola bastará á igualar su mérito con el de los otros.

De los pueblos que hoy florecen, el Inglés es el solo que parece adoptar esta máxima, y levanta monumentos á sus héroes en el mismo Templo que sirve de Panteon á sus Reyes; llegando á tanto su sistema, que hacen á veces igual obsequio á las cenizas de los héroes enemigos, para realzar la gloria de sus naturales.

Las demas naciones son ingratas á la memoria de los que las han adornado y defendido. Esta es una de las fuentes de la desidia uni-

versal, ó de la falta de entusiasmo de los Generales modernos. Ya no hay patriotismo, porque no hay patria.

La Francesa y la Española abundan en héroes insignes, mayores que muchos de los que veo en los altares de la Roma pagana. Los reynados de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, han llenado de gloria los anales de Francia; pero no tienen los Franceses una historia de sus héroes tan metódica, como yo quisiera y ellos merecen; pues solo tengo noticia de la obra de M.^r Pernault, y esta no trata sino de los hombres ilustres del último de los tres reynados gloriosos que he dicho. En lugar de llenar toda Europa de tanta obra frívola como han derramado á millares en estos últimos años, ¿quánto mas beneméritos de sí mismos serian, si nos hubieran dado una obra de esta especie, escrita por algun hombre grande de los que tienen todavía en medio del gran número de Autores que no merecen tal nombre?

Este era uno de los asuntos que yo habia emprendido, prosiguió Nuño, quando tenia algunas ideas muy opuestas á las de quietud y descanso que ahora me ocupan. Intenté escribir una historia heroica de España: esta era una relacion de todos los hombres grandes que ha producido la nacion desde Don Pelayo. Para po-

ner el cimiento de esta obra, tuve que leer con sumo cuidado nuestras historias, así generales como particulares; y te juró que cada libro era una mina, cuya abundancia me envanece. El mucho número formaba la gran dificultad de la empresa, porque todos hubieran llegado á un tomo éxorbitante, y pocos hubieran sido de dificultosa elección. Entre tantos insignes, si cabe alguna preferencia que no agravié á los que excluye, señalaba como asuntos sobresalientes despues de Don Pelayo, libertador de su patria, Don Ramiro, padre de sus vasallos, Pelaez de Correa, azote de los Moros; Alonso Perez de Guzman, exemplo de fidelidad; Cid Ruy Diaz, restaurador de Valencia; Fernando III, conquistador de Sevilla; Gonzalo Fernandez de Córdoba, vasallo envidiable; Hernan Cortes, héroe mayor que los de la fábula, Leiva, Pescara y Basto, vencedores en Pavia; y Alvaro de Bazan, favorito de la fortuna.

¿Quán glorioso proyecto sería el de levantar estatuas, monumentos y columnas á estos varones! Colocarlos en los parages mas públicos de la Villa capital con un corto elogio de cada uno, citando la historia de sus hazañas! ¿qué mejor adorno de la Corte? ¿qué estímulo para nuestra juventud, que se criara desde su niñez á vista de unas cenizas tan venerables? A seme-

jantes ardidés debió Roma en mucha parte el dominio del orbe.

CARTA XVII.

DE BEN-BELEY A GAZEL.

DE todas tus Cartas, recibidas hasta ahora, infiero que me pasaria en lo bullicioso y lucido de Europa lo mismo que experimento en el retiro de Africa, árida é insociable, como tú la llamas desde que te acostumbras á las delicias europeas. Nos fastidia con el tiempo el trato de una muger que nos encantó á primera vista: nos cansa un juego que aprendimos con ansia; nos molesta una música que al principio nos arrebatava; nos empalaga un plato que nos deleytó la primera vez; la Corte que al primer dia nos encantó, despues nos repugna, la soledad que nos parecia deliciosa la primera semana, nos causa despues melancolia; la virtud sola es la cosa que es mas amable, quanto mas la conocemos y cultivamos.

Te desco bastante fondo de ella para alabar al Ser supremo con rectitud de corazon; tolerar los males de la vida; no desvanecerte con los bienes; hacer bien á todos; mal á ninguno;

vivir

vivir contento; esparcir alegría entre tus amigos; participar sus pesadumbres, para aliviarles el peso de ellas; y volver salvo y sabio al seno de tu familia, que te saluda muy de corazon con vivisimos deseos de abrazarte.

CARTA XVIII.

DE GAZEL A BEN-BELEY.

HOY sí que tengo una extraña observacion que comunicarte. Desde la primera vez que desembarqué en Europa, no he observado cosa que me haya sorprendido, como la que te voy á participar en esta Carta. Todos los sucesos politicos de esta parte del mundo, por extraordinarios que sean, me parecen mas fáciles de explicar que la freqüencia de pleytos entre parientes cercanos, y aun entre hijos y padres. Ni el descubrimiento de las Indias orientales y occidentales, ni la incorporacion de las coronas de Castilla y Aragon, ni la formacion de la República Holandesa, ni la constitucion mixta de la gran Bretaña, ni la desgracia de la casa de Stuart, ni el establecimiento de la de Braganza, ni la cultura de Rusia, ni suceso alguno de esta calidad, me sorprende tanto como ver pleytear padres con hijos. ¿En qué

CART. MAR.

4